

**RESPONSO LÍRICO A LA ACEQUIA
DE
MONCADA**

Dr. López Laguarda
Cronista Oficial
Burjasot Fiestas Patronales agosto 1966





DESDE hace ya algunos años, la acequia de Moncada, ha dejado de ser la acequia de Moncada...! De ahora en adelante, será uno de tantos canales por donde, encajonadas entre muros de cemento armado, circulen monótonamente tumultuosas las aguas que riegan lo mejor y más fértil de nuestra huerta.

Han desaparecido, quizá para siempre, aquellos márgenes perpetuamente verdes por los que, ciñéndose a sus ondulaciones, serpenteaba la roja senda entre juncos, moreras, adelfas y lechetreznas que las menudas y policromas florecillas entrecomillaban. El agua, durante casi todo el año aun en las duras épocas de estiaje, llenaba ubérrima su amplio cauce, reflejando límpidamente el añil inimitable de nuestro cielo que, en los remansos, el incesante patinar de los girinos arañaba. A flor de agua y, junto a las orillas, florecían los juncos en negras libélulas e irisadas mariposas, que batiendo de vez en cuando nerviosamente los cuatro pétalos de sus alas, se balanceaban atusándose la inquieta cabeza. Las esbeltas cañas que crecían a una y otra orilla, inclinadas hacia la corriente, formaban un túnel de verdor que haces de sol atravesaban reverberando en zigzagueantes destellos. Más allá, los copudos pinos eternamente verdes, se miraban en las aguas como agradeciéndoles la humedad que mantenía su verdor; en los abundantes remansos se aquietaba la corriente buscando un fugaz reposo y jugando a remolinos en los que grababan hojas y flores arrastradas, hasta que con un beso largo y apasionado se deshacían...

Pacíficos y cachazudos pescadores con tenacidad a prueba de desengaños, salpicaban sus orillas a la sombra de los cañaverales, acechando las escurridizas anguillas o los voraces barbos; pequeñas o anchas como puertas la sangraban de trecho en trecho, dejando escapar tumultuosamente sus aguas, tan necesarias para llevar a feliz término las cosechas; durante el caliginoso verano, grupos de chiquillos se zambullían y, al salir a flote tras prolongada inmersión, arrancaba el sol sorollescas y fugaces

pinceladas de brillante luz en sus bronceados torsos; el chapoteo de las asustadizas ranas, ritmaba la marcha del viandante, y allá en lo alto, sobre las copas de los pinos o entre las ramas de las higueras que la sombreaban, el piar de los pájaros, invisibles a contraluz y el rumorero de la brisa, ponían un agradable fondo musical al paisaje.

Sentados en los verdes márgenes que la vegetación mullía, se gozaba del incomparable y siempre nuevo espectáculo de nuestra huerta, con sus diversas tonalidades de verde contrastando con el ocre de las tierras en las que todavía no brotó la simiente; a lo largo, una estrecha y sinuosa carretera señalaba un camino de acceso por el que de tarde en tarde traqueteaba entre vaivenes un carro de labranza y pasaba un rebaño de ovejas cuyos balidos llegaban inconfundibles, aunque amortiguados por la lejanía levantando una nube de polvo que lentamente se diluía en la quieta serenidad de la tarde; más allá, el perfil de muchos pueblecitos, con la inconfundible silueta de sus campanarios, que servían de fácil identificación: Aquí Borbotó, allí Carpesa, más allá Benifaraig, Benimaclet... Y al fondo, las enhiestas chimeneas de los hornos de ladrillos, señalaban cual hitos gigantescos, los pueblos de Moncada y Alfara, tras los cuales, la mole rojiza del nuevo Seminario se destacaba limpiamente; más a lo lejos, y en último término a la izquierda, las montañas de Sagunto en rápido declive, fundían su tono azulado con el del mar que cerraba el horizonte.

¡La acequia de Moncada, ha dejado de ser la acequia de Moncada...! De ahora en adelante, será uno de tantos canales de riego sin características propias y sin el encanto que sus floridas orillas le prestaban.

DR. LOPEZ LAGUARDA
Cronista Oficial